

Como cada fin de semana Lola se encuentra en la biblioteca de su pequeño y acogedor pueblo, situado cerca de las montañas del Sistema Central en la Sierra de Ayllón, devorando cada palabra del libro que ha elegido.

Hoy toca uno de seres diminutos, los alamotienses, seres malignos que viven en los álamos y hacen la vida imposible a los habitantes de alrededor.

Cada vez que Lola terminaba un capítulo del libro, reflexionaba y se imaginaba cómo podían ser esos seres, por qué existían y cómo sería Arno, el jefe de los alamotienses y por qué era tan malo.

Cuando terminó el libro, Lola se echó a reír por el amor de buena hora su casa, no le había gustado el comportamiento de los alamotienses y de gritos a que son seres inventados.

Una vez al mes Lola se va a la biblioteca de su pueblo a buscar el libro de la semana. Un día se acordó de un libro que había leído hace unos años, pero con veinte años viajó a lugares lejanos y se olvidó de cada historia y protagonista.

Llega el verano y es hora de ir de vacaciones. Este año toca ir al pueblo de sus abuelos maternos, que hace muchos años no va allí.

Lola ni se acuerda cómo es, pero cuando va a verlas no vale de su habitación, se lleva un par de libros.

Lola estaba en su habitación cuando se acordó de un libro que había leído en su infancia, sus horarios, que le gustaba leer y que había leído en su ordenador y después de encender el ordenador se acordó de un libro que había leído en su infancia, no funcionaba bien internet y se estaba poniendo nerviosa, y pensaba que ella iba a tener

tantas cosas que hacer, no podía pasar un día allí, ¿qué haría con sus vacaciones? hacia que de pronto aparece la pegada de Sigüenza, ubicada en el Tormón, Lola suspiró y una sonrisa iluminó su cara - "el rey", dijo.

Ahora toca ir a ver donde estaba la calle y qué más había en Sigüenza, tenía un Castillo, una catedral, La casa del Rey, El Museo, varias iglesias, y un convento situado en un parque, "el Parque de la Alameda" allí en voz alta.

A Lola se le iluminaron los ojos por que se acordó de los alamotienses, pero asegurada sus ojos se enfriaron recordó que ellos eran muy muy malos.

Pensó que al de verdad existían y vivían en ese parque la parte de allí estaba triste y asustada, pero se recuerda así a sus abuelos, ellos están siempre riendo y felices y sus anécdotas que cuenta su abuelo son divertidas, "el parque no habrá alamotienses en ese parque", pensó.

Al día siguiente ya estaba todo listo para ir a Sigüenza, Lola no trajo unos libros por el acaso no tenía tiempo de ir a la biblioteca por estar asustada en el parque y se montó en el centro, fue emocionada, no por ver a sus abuelos, fue un poco también por ellos, más por descubrir e investigar el Parque de la Alameda, sabía de haber leído un

informal que tenía el convento en el centro en la parte de atrás, fuentes, una plaza, kioscos, columpios y todo esto estaba rodeado de árboles altos.

El viaje se le hizo muy corto, Lola se acordó de un libro que había leído para no estar confinada en su casa, pero cuando llegó a Sigüenza se acordó de los libros que habían a la zona, lo más interesante que tenía a los alrededores y cómo les gustaba descansar, sabía que había leído un libro.

llegaron a Sigüenza, sus abuelos vivían cerca del castillo por lo que el parque estaba un poco lejos para que los alamotienses pudieran subir a molestarla mientras ella o sus abuelos.

# LOS ALAMOTIENSES DE SIGÜENZA

1ª CATEGORÍA: DE 11 A 14 AÑOS

PSEUDÓNIMO: DROKO

Como cada fin de semana Lola se encuentra en la biblioteca de su pequeño y acogedor pueblo, situado cerca de las montañas del Sistema Central en la Sierra de Ayllón, devorando cada palabra del libro que ha elegido.

Hoy toca uno de seres diminutos, los alamotienses, seres malignos que viven en los álamos y hacen la vida imposible a los habitantes de alrededor.

Cada vez que Lola terminaba un capítulo del libro, reflexionaba y se imaginaba cómo podían ser esos seres, por qué actuaban así, cómo sería Almo, el jefe de los alamotienses y por qué era tan malo.

Cuando terminó el libro, Lola se fue con un mal sabor de boca hacia su casa, no le había gustado el comportamiento de los alamotienses y da gracias a que son seres inventados porque no le gustaría encontrarse con ninguno nunca y menos vivir cerca de ellos.

Pasan los días y las semanas e incluso los meses de invierno y como cada fin de semana Lola devora su libro elegido en la biblioteca, unos le gustan más que otros, pero con todos ellos viaja a lugares lejanos, siente ser la protagonista de cada historia, ríe, llora, e incluso sueña con los seres extraordinarios y personajes de sus libros.

Llega el verano y es hora de ir de vacaciones; este año toca ir al pueblo de sus abuelos maternos, que hace muchísimos años que no veranean allí.

Lola ni se acuerda cómo es, porque cuando va a verlos no sale de su habitación, se lleva un par de libros y se le pasa el fin de semana enseguida.

Lola estaba preocupada, no sabía si allí había biblioteca y, si había, si era grande, sus horarios, qué libros podía encontrar allí que no hubiera leído ya, cogió su ordenador y después de encenderlo en el buscador puso biblioteca en Sigüenza dio al enter, iba lento, no funcionaba bien internet y se estaba poniendo nerviosa, y pensaba que ella no tenía tantos libros para llevarse, no podría pasar un mes allí, ¿qué haría sin sus historias?, hasta que de pronto aparece la página de Sigüenza, biblioteca en el Torreón. Lola suspiró y una sonrisa iluminó su cara – “si hay”, dijo!

Ahora tocaba ver donde estaba la calle y qué más había en Sigüenza, tenía un Castillo, una catedral, La casa del Doncel, El Museo, varias iglesias, y un convento situado en un parque, “el Parque de la Alameda” dijo en voz alta.

A Lola se le iluminaron los ojos por que se acordó de los alamotienses, pero enseguida sus ojos se entristecieron recordó que ellos eran muy muy malos.

Pensó que si de verdad existían y vivían en ese parque la gente de allí estaría triste y asustada, pero no recuerda así a sus abuelos, ellos están siempre riendo y felices y las anécdotas que cuenta su abuelo son divertidas. “entonces no habrá alamotienses en ese parque”, pensó.

Al día siguiente ya estaba todo listo para ir a Sigüenza, Lola se cogió unos libros por si acaso no tenía tiempo de ir a la biblioteca por estar investigando el parque y se montó en el coche. Iba emocionada, no por ver a sus abuelos, bueno un poco también por ellos, más por descubrir e investigar el Parque de la Alameda, sabía de haber leído por internet que tenía el convento en el centro en la parte de atrás, fuentes, una pista, kioskos, columpios y todo ello estaba rodeado de inmensos álamos.

El viaje se le hizo muy largo, más que de costumbre, aunque fue leyendo para no estar continuamente pensando en los alamotienses, no podía, recordaba las fechorías que hacían a la gente, lo malos que eran pero sobre todo el odio que tenían a los niños y cómo les gustaba asustarlos, tantos que muchos no volvían.

Llegaron a Sigüenza, sus abuelos vivían cerca del castillo por lo que el parque estaba un poco lejos para que los alamotienses pudieran subir a molestarla mientras leía o asustarla.

Después de comer, sus padres decidieron ir a dar una vuelta y, como siempre, le preguntaban a Lola si quería ir, y ella siempre decía que no, que mañana tal vez, y se quedaba leyendo su libro, pero hoy dijo "Sí", quería ir al parque de la Alameda.

Recordó que les gustan las almendras a los alamotienses, son su debilidad y compró una bolsa de camino.

Una vez en el parque, vió una fuente redonda, se acercó y depositó un puñado de almendras, "si allí había alamotienses, cuando bajen a por agua aquí verán las almendras y sin que les vea nadie las cogerán", pensó.

Pero nada, nadie las había cogido a la hora que ella se fue, "se las comerán por la noche", pensó, "mañana por la mañana al ir a comprar me acerco al parque" les dijo a sus padres, a lo que ellos se miraron, la miraron a ella y afirmaron con la cabeza.

Lola no pudo dormir bien, se levantó muy temprano, desayunó y se dispuso a ir a comprar para poder ir al parque.

Llegó al parque, se acercó a la fuente, y allí seguían las almendras, "nada, nadie se las comió", dijo, y triste volvió a su casa.

Durante más de veinte días Lola compró la bolsa de almendras y las repartía por todos los rincones del parque, y a la hora de irse las almendras seguían allí, a la mañana siguiente temprano, las almendras seguían en su sitio, donde las había puesto cada día desde que llegó, "aquí no hay alamotienses", pensó y el resto de los días que le quedaban por estar en Sigüenza, siguió visitando el parque y jugando con sus nuevos amigos, niños que vivían allí.

No vio señales de alamotienses, aunque estaba desilusionada, porque le hubiera gustado verlos. Se alegró porque conoció muchos niños y jugó y se divirtió investigando y poniendo alguna que otra trampa para capturar a un alamotiense, pero lo que más le gustó fue descubrir el último día que, al pasar por el parque, al irse a su casa, entre las hojas verdes del álamo más grande, muchos seres diminutos le decían adiós.

No se lo podía creer, "sí existen y son buenos" dijo en voz alta, "papá!! mamá!! ¿puedo quedarme el resto del verano?, por favor" les gritaba a sus padres repetidamente mientras dejaba atrás el álamo y esos seres diminutos.

Lola se quedó todo el verano y bajaba al parque de la Alameda cada día con su bolsa de almendras, que aunque no entendía que no se las comieran, ella quería demostrarles que los niños eran buenos y que querían ser sus amigos.

Una noche antes de irse a la cama Lola estaba charlando con su abuelo, le contó su secreto, había visto a los alamotiense, "pero no le gustan las almendras" le dijo, su abuelo se rió y le dijo "Lola, los alamotiense no comen almendras, les gustan las castañas", Lola le preguntó que cómo lo sabía y si él los había visto alguna vez, a lo que el abuelo le dijo que no, que nunca los ha visto nadie, que saben que existen porque son los duendes que cuidan los álamos, y protegen a los niños que se acercan a jugar allí.

"Eres privilegiada Lola!!!" le dijo su abuelo, "ellos han dejado que los veas, eres su elegida, y por ello tienes que seguir guardando el secreto, sino el parque de la Alameda se convertirá en un laboratorio y lo destruirán, nadie podrá acercarse y mucho menos jugar allí" continuó diciéndole el abuelo. "Lo prometo abuelo, los protegeré como ellos han hecho conmigo y con los niños que allí jugamos" dijo Lola.

Desde ese día Lola les llevaba una bolsa grande de castañas cada vez que visitaba a sus abuelos y aunque nunca más los vio, siempre sentía que ellos la observaban y cuidaban como al resto de sus amigos.